

QUE LA MUERTE ESTÉ TRANQUILA: SOBRE EL VÍNCULO ENTRE HISTORIA Y POLÍTICA EN EL GOBIERNO DE CAMBIEMOS

Guillermo Vazquez¹

El acervo histórico de un movimiento político siempre ha sido en Argentina motivo de disputa, discusión y contemplación por parte de la teoría política. Es que todo imaginario político se construye, en mayor o en menor medida, con un relato –un conjunto de ellos– del pasado, con una “comunidad imaginada” donde la nación tiene próceres, lugares, fechas, “líneas históricas” (*Yrigoyen-Perón-Frondizi; San Martín-Rosas-Perón, etc.*), acontecimientos que dan sentido al quehacer de la práctica política. Algo muy particular sucede con la Alianza Cambiemos, que desde su llegada al poder nacional –antes incluso también, pero no será objeto de este breve trabajo– en diciembre de 2015, su estrategia con la historia nacional, con un relato de hechos y actores nacional y/o continentales, ha sido sistemáticamente negado, ocultado o puesto en un segundo plano de muy poca relevancia, con excepciones atendibles.

Esta situación es, además de inédita, estratégicamente explicitada por los principales actores de Cambiemos, fundamentalmente su línea PRO –y no otros partidos, como la UCR, que acompañan la Alianza–, pero a su vez –esbozaremos aquí como hipótesis– ha tenido grandes dificultades para ser sostenible, producto de que una política sin un relato de la historia no es posible, al menos no por el tiempo que dure un mandato presidencial. Ocurre que la estrategia de negación del pasado histórico como referencia para la actuación política sobre la que se pliega Cambiemos, se da en un marco muy particular, y en el cual los resquicios, lapsus y manifestaciones de los actores de la Alianza gobernante, dejan traslucir un cierto relato –no del todo novedoso, y básicamente *clásico* de una derecha argentina con bases estructuradas en la oligarquía tradicional, el capitalismo nucleado en los sectores

¹ Licenciado en Filosofía, Abogado, Profesor Asistente en la cátedra de Teoría Política, Democracia y Estado en Argentina y de Teoría Política I (Clásica) de la Facultad de Ciencias Sociales-UNC. Pro-Secretario de Relaciones Internacionales e interinstitucionales de la Facultad de Filosofía y Humanidades-UNC. Mail: vazguillermo@gmail.com

lobistas que conglomeran empresas e industrias (IUA, ADEA)² y la casi totalidad de los medios de comunicación del oligopolio empresarial que los sostiene, entre otros sectores no del todo influyentes como los vinculados al brazo militar del terrorismo de Estado.

En su Prólogo al libro de Nicole Loraux sobre la guerra civil ateniense, la historiadora vasca Ana Iriarte (2008) menciona como ejemplo al Partido Popular español (una de las preferencias de vínculos y modelos políticos del presidente Macri, tanto con José María Aznar como con Mariano Rajoy) y su negativa de “conmemorar” a las víctimas de la guerra civil española³. Mientras que en los referentes del Partido Popular –ante el proyecto de ley de “reconocimiento y extensión de los derechos a las víctimas de la guerra civil y de la dictadura” propuesto por el gobierno del PSOE encabezado por José Luis Rodríguez Zapatero en 2006– se intentaba hacer valer una cláusula del Pacto de la Moncloa (1978) para “no volver sobre el pasado”, ante lo cual el proyecto de ley rompía ese acuerdo sin la legitimidad que le confería en tanto que “los españoles quieren mirar al futuro y no hablar de la República y el franquismo”, y que “revisar la historia es una enorme equivocación que no sirve a ningún efecto” (Iriarte, 2008: 6). Iriarte está prologando un libro de la historiadora francesa Nicole Loraux, cuya obra en varios planos busca mostrar las raíces de la conmemoración a los muertos en Occidente –máximo ejemplo fue la “Oración fúnebre” de Pericles que conocemos por la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides–, y el valor de la historia para la *praxis* política, de gran importancia en la Atenas democrática. El Partido Popular, de gran anclaje ideológico y político con los remanentes del franquismo, no buscaba una “memoria completa” –como en Argentina blanden desde sectores militares y civiles imputados y/o condenados por delitos de lesa humanidad–, sino dejar atrás cualquier recuerdo, cualquier vestigio de reconstrucción política a partir de la memoria sobre acontecimientos pasados.

En aperturas de sesiones legislativas, entrevistas, conmemoraciones históricas de relevancia como el Bicentenario de la Independencia, una de las grandes diferencias entre Cristina F. de Kirchner y Mauricio Macri es la ausencia de éste a cualquier apelación de la

² Ello al menos hasta 2017 inclusive. El quiebre de buena parte de estos sectores industriales con Cambiemos desde 2018 ha sido muy relevante también.

³ Con muchas más limitaciones (que Iriarte señala), hay que decir, con que dicha conmemoración se hizo en Argentina como política de Estado, fundamentalmente desde 2003, en torno a las víctimas de la dictadura de 1976.

historia política argentina o latinoamericana, aunque no solamente. La trama en que la *negación estratégica* de la historia política argentina se da en el gobierno de Cambiemos, es en primer lugar, como presunta respuesta a la repolitización de la década kirchnerista. El kirchnerismo sobrepobló una pedagogía de la Historia: del personaje “Zamba” de *Paka Paka* –un niño que rompía con la lógica caucásica de los dibujos infantiles y viajaba al pasado buscando entender acontecimientos históricos de relevancia– a las políticas de Verdad, Memoria y Justicia; del Instituto Dorrego al traspaso del sable corvo legado por San Martín a Rosas; de las variantes en monumentos (Juana Azurduy por Colón) a los billetes de Evita, y así sucesivamente. Pero fue fundamentalmente la propia dimensión discursiva de la expresidenta Cristina Fernández de Kirchner la que se inscribía en una constelación textual –con sustantivas diferencias que no viene al caso explicar aquí– similar a la que Elvira Narvaja de Arnoux describe en *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez* (2008). Entre otros elementos de análisis del discurso, la autora retoma allí la categoría bajtiniana de “cronotopo” para describir las operaciones discursivas: una articulación del espacio-tiempo como marco y orientador de la acción política (cfr. pp. 61-64). Los simbolismos de la expresidenta transitaban una cantidad ingente de lugares, acontecimientos, personajes: iban del siglo XIX a la actualidad, de los mitos clásicos del peronismo a mostrarse como continuación de las disputas que el alfonsinismo quiso dar, más allá de sus resultados; de las tradiciones libertadoras de Mayo a la reivindicación de los lugares menos conocidos pero de gran relevancia simbólica de la izquierda peronista de los 70 –como el gobierno de Jorge Cepernik–. Hasta los viajes comerciales de Cristina Kirchner apuntaban a historias de liberación nacional: en Vietnam, por caso, la foto en los túneles de la resistencia vietnamita fue acompañada de la comparación de Ho-Chi Minh con San Martín; en Angola, la reivindicación del proceso de liberación nacional conducido por Agostinho Neto en los ‘70, etc.

En el macrismo estos “cronotopos” están descentrados a lugares mucho menos presentes o verosímiles en la tradición nacional o continental: preguntado el presidente por sus referentes políticos, responde con los nombres de Mahatma Gandhi o Nelson Mandela. Slavoj Žižek (2013), sin referirse puntualmente a Macri, sino a otros personajes más relevantes de la política mundial, a propósito del funeral de Mandela –en 2013–, señaló cómo las lágrimas de cocodrilo de todo el poder mundial hacían gala de corrección política, de

Obama a Putin, de Raúl Castro a Sarkozy, de Mariano Rajoy a Dilma Rousseff. Lo que había ahí es una figura sin conflictos aparentes. ¿Cuál es la referencia política de Mandela? Todas y ninguna a su vez. (La referencia política a Sudáfrica en la Argentina reciente, está básicamente consolidada en el pedido de cierre de los procesos de Memoria, Verdad y Justicia, armando una amnistía general a los represores de la última dictadura militar, pedida por una gran parte de referentes de Cambiemos, como Elisa Carrió y Nicolás Massot, así como sostenida en diversos trabajos por un conjunto de intelectuales argentinos, no todos vinculados a Cambiemos.) En relación a un paro docente, el presidente Macri subió a las redes sociales una foto de un profesor japonés dando clases en una Hiroshima arrasada después de la bomba: esa geografía *ectópica* tan lejana (y universal a la vez) es una manera de distancia con la historia más cercana.

Tampoco hay referencias geográficas comparativas con la excepción de Venezuela, como *inferno* que le espera a las almas que decidieran continuar la senda del proceso político kirchnerista (“íbamos camino a ser Venezuela”, es un latiguillo repetido hasta el cansancio por toda la dirigencia de Cambiemos, de Macri a los legisladores provinciales, de la UCR a los periodistas oficialistas). Durante el kirchnerismo, a cuyo éxito económico –sobre todo en los primeros años del proceso político: superávits gemelos, baja de la pobreza y el desempleo, incrementos salariales por encima de la inflación, etc.– siempre se le ponía el *pero* geográfico: *podríamos* ser como Chile, como Brasil, como Perú, como la India, como Australia, como Canadá. Eran modelos que tenían algunos datos para mostrar para la ortodoxia económica, sumándolos a un institucionalismo de baja conflictividad social y casi nulo movimientismo popular.

Se sabe: el mundo cambió por fuera de los planes de Macri: la globalización y los acuerdos de libre comercio de la OMC son cuestionados por las grandes potenciales mundiales (Rusia y EEUU con el trumpismo a la cabeza). La geopolítica del macrismo se complicó y perdió referencias, además de temporales, espaciales. La revista literaria “La mujer de mi vida” años atrás había sacado un número que se burlaba de la corrección política básica, de una suerte de centrismo político universal que residiría en los países escandinavos y tituló a su dossier “*Cómo me gustaría ser sueco*”: no solo el lugar de la corrección política, sino también una dimensión inalcanzable y desentonada. No implica un modelo económico: Chile, Perú o Brasil. Finlandia, por caso, implicaba un modelo educativo del cual se conocía

poco, pero se sabía de su efectividad en el país nórdico, en relación a los índices que occidentalmente aprueban un sistema educativo.

¿Por qué el relato de la historia permanece vedado en el macrismo? En fin, muchas son las hipótesis, y en tantos casos no contradictorias entre sí. Algunas de estas hipótesis de trabajo: a) La vinculación empresarial antes que la política; b) un presunto resultado de encuestas cuyos algoritmos –elemento favorito de los consultores presidenciales– mencionan que es preferible no hablar de historia en relación a los actores políticos; c) la idea “refundacional” ante una crisis general de la dirigencia política que se lleva puesta, también, los grandes relatos históricos; d) La primacía del individualismo meritocrático por sobre el sujeto colectivo. Y un largo etcétera. Arriesgaremos en estas páginas una: el ocultamiento estratégico de su relato implica la carencia absoluta de prestigio entre sectores medios y populares de las referencias históricas y de los linajes familiares de Cambiemos, por un lado –una suerte de ocultamiento de su *acumulación originaria*–; y por otro, el ocultamiento de la mismidad: ante la acusación del modelo económico –y político en muchos casos– de Cambiemos como iteración del plan oligárquico de la primera mitad del siglo XX, el revanchismo político de 1955 sobre el peronismo opositor, las referencias a la dictadura militar, a los fracasos –económicos y sus derivas políticas– del radicalismo, al neoliberalismo menemista, así como a la Alianza cuyo final en 2001 muchos anticipan a este actual proceso⁴.

Tras su derrota electoral en 2015, y tras el difícil rearmado del espacio político, el kirchnerismo vuelve a los cronotopos, con algunas referencias fundamentales al proceso de la Resistencia Peronista iniciado a fines de la década del '50 con el peronismo proscripto. Por ejemplo, a comienzos de agosto de 2016, muere Raimundo Ongaro. Cristina Fernández de Kirchner, en una de sus primeras apariciones públicas, asiste a su funeral. La expresidenta, no tuvo ningún vínculo en vida con Ongaro –no por razones políticas, sino que porque el histórico líder sindical de los Gráficos, es sabido, desde hacía ya un tiempo largo estaba con dificultades de comunicación por dificultades psiquiátricas–, pero asistió a ese funeral poco antes que se armara en Ferro la Corriente Federal de los Trabajadores, línea interna de la CGT, que se había iniciado buscando infructuosamente un lugar en el Triunvirato cegetista –distante con la expresidenta y con una búsqueda de integración y baja conflictividad con el

⁴ El editorial del diario La Nación del 15 de abril de 2018 “¿Gobierno de ricos y para ricos?” intenta combatir la idea, que retornó con fuerza a la discusión pública argentina, de “oligarquía vacuna” como parte central de la elite gobernante.

nuevo gobierno de Cambiemos– que se armó pocos días después. En el acto de esa misma Corriente Federal se gritó con fuerza el nombre de Raimundo Ongaro y buscó marcar una continuidad con los programas obreros de La Falda y Huerta Grande, el de la CGT de los Argentinos y los 26 puntos de Ubaldini.

Lo de Cristina F. de Kirchner con Ongaro fue una búsqueda de referencia histórica – como las apelaciones, acaso, de Obama con Martin Luther King y sus familiares–, donde ya no había que hallarla en los grandes patriotas fundadores –como se hace mientras se es el jefe máximo del Estado–, sino en la *resistencia*. El sindicalismo combativo, anti-participacionista, de oratoria y práctica política pensada para los Grandes Relatos, de unidad con la Juventud. Era un fallecimiento: muerto Raimundo Ongaro, larga vida al ongarismo.

II. Animales sueltos

Un interesante libro de la investigadora y artista cordobesa Patricia Ávila (2008), relata cómo en la historia del papel moneda, epígono de la transformación de la naturaleza en cultura, también puede leerse una historia de la nación: próceres, acontecimientos, simbolismos varios entre el neoclásico y el barroco se dan en una narración de intentos fundacionales en el intento de fortalecimiento de una moneda nacional. En ese objeto persiste una tensión entre “la coexistencia de valores cuantitativos y cualitativos”. El libro de Patricia Ávila describe esto desde la fundación de la Casa de la Moneda por Rivadavia –y su importación de papel moneda norteamericano, con efigies de George Washington y William Penn– hasta finales del siglo XX. Su texto en revista *Deodoro* (Ávila: 2008), suerte de microcapítulo que completa bastante el sentido del libro llegando a los billetes de Malvinas y Evita por parte del kirchnerismo. Más allá de su interpretación puntual de muchas de estas narraciones en el papel moneda –con varias de las cuales no coincidimos–, el libro de Ávila deja ver las complejidades narrativas de una idea de nación en el papel moneda, uno de los lugares privilegiados para estos relatos. Una de las políticas del macrismo sobre el cambio de moneda fue, precisamente, borrar todo vestigio de acontecimientos, lugares y personajes históricos, *el paso de la naturaleza a la cultura* que describe Ávila con referencias a Simmel, Marx, Benjamin y otros autores, y poner a la fauna argentina en los billetes –se había

mencionado que la figura de Arturo Frondizi⁵ encabezaría el billete de 500 pesos, pero al parecer triunfó la estrategia de negación de lo histórico.

El jefe de gabinete Marcos Peña –entrevistado por el periodista Carlos Pagni en el Coloquio IDEA– mostró su regocijo al describir uno de los puntos más altos, según su mirada, en torno a esta estrategia que deja a la historia –a la construcción de un relato sobre la misma– por fuera de la discusión política:

La obsesión que tenemos por analizar la coyuntura en función del pasado no es normal. En otros países no pasa eso, y está bueno saber que eso es una patología nuestra. Para mí, una de las cositas chiquitas pero simbólicas más lindas que hicimos es poner animales en billetes porque es la primera vez en la Historia argentina que hay seres vivos en la moneda nacional y que dejamos la muerte atrás, que la muerte esté tranquila y que descanse en paz, y vivamos nuestra vida.⁶

⁵ Muy interesante en este punto es la carta que la mayor parte de la familia Frondizi hizo pública en el año 2012, tras salir en público una agrupación vinculada al PRO llamada “La Frondizi”. La carta, titulada “Con nosotros no, ingeniero Macri”, decía: *Los abajo firmantes, en nuestra condición de integrantes de la familia Frondizi, nos vemos obligados a manifestarnos públicamente puesto que, sorpresivamente, nos hemos enterado por la prensa escrita y las redes sociales de un hecho político que involucra nuestro apellido y desde nuestra óptica, se ubica en las antípodas de nuestra propia historia familiar. En efecto, a estar por dichas informaciones, un grupo de jóvenes afiliados al PRO –partido que pertenece al ingeniero Mauricio Macri– ha lanzado una Agrupación que autotitulan “La Frondizi”. Debe saberse que no cuentan con nuestro aval, no sólo porque no hemos sido consultados, sino que desde la mirada de los abajo firmantes expresan intereses políticos e ideológicos que nada tienen que ver con nuestra historia y nuestro pensamiento. Nada tenemos que ver con las políticas de derecha ni con el espíritu reaccionario con el que ese partido político, el PRO de Mauricio Macri, pregona la conveniencia y necesidad de una Argentina para pocos. Si al menos los jóvenes PRO recordaran que Arturo Frondizi fue derrocado mediante un golpe de Estado y detenido en la isla Martín García, por lo más reaccionario de la elite militar, política y económica de la Argentina. Si esa agrupación que quieren llamar “La Frondizi” reivindicara –como lo hacemos nosotros– a Diego Ruy Frondizi, militante peronista asesinado por la policía de la provincia de Buenos Aires en marzo de 1971; a Silvio Frondizi y Luis Mendiburu, asesinados por las Tres A de Isabel Martínez y José López Rega; a Gastón Gonçalvez, asesinado por el genocida Patti, esposo de Mercedes Faggionato, sobrina de Elena Faggionato, esposa del ex presidente Arturo Frondizi; y si exigieran -como no hemos cesado de hacerlo- juicio y castigo para todos y cada uno de los responsables de estos crímenes atroces, entonces no sería necesario manifestarnos. Por esto, en diversos momentos de la vida política argentina, de un modo u otro, privada y públicamente los abajo firmantes nos hemos pronunciados esta vez, por supuesto, no puede ni debe ser distinto.-* FIRMAN: Marcelo H. Frondizi – Álvaro R. Frondizi – María Frondizi – Manuel Frondizi – Inés Frondizi – Beatriz Manfredi de Frondizi – Isabel S. Frondizi – Ulisse D. Frondizi – Mariana Mendiburu – Teresa Bellardini – Giulia Frondizi.

⁶ Fragmento del discurso disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=yO1UX57nfWY>

En muchos trabajos, Eduardo Rinesi ha mostrado las potencialidades de Shakespeare –sobre todo de *Hamlet*– para pensar la política; lo de Marcos Peña recuerda a la súplica del príncipe de Dinamarca (I. 5) al fantasma de su padre Claudio para que descanse (*descansa, descansa, espíritu perturbado*⁷). Pero es también, en la escena final, el joven príncipe Fortimbrás (proclamado como tal tras la muerte de Hamlet), pidiendo que retiren a los cadáveres, porque “un cuadro como éste conviene al campo de batalla/ pero aquí luce fuera de lugar”⁸ (Shakespeare, 2016: 199). Fortimbrás quería que retirar esos cuerpos, ese pasado de muerte y lucha por el poder, para lograr un cielo más despejado en el cual posar los ojos en el nuevo gobierno.

El –como Ávila– también artista y ensayista Daniel Santoro (2016), en un texto con un título sugestivo para el tratamiento de estos temas (“La vuelta a la naturaleza o el buen salvaje neoliberal”), también se refirió a la inversión del paso de naturaleza a la cultura en los billetes del macrismo:

El nuevo régimen escópico cambió estas memorabilias nacionales por amistosas fotos de familia sacadas en parques y jardines, fondos de pura naturaleza, sin requerimientos, sin claves visuales a desentrañar; solo una muda y primitiva parodia danzante en el balcón de nuestros más caros discursos fundacionales bastó para que entendiéramos el nuevo paradigma, y ésta vuelta de lo natural incluye por supuesto el papel moneda, por tierra mar y aire se muestra la incontenible fuerza de la naturaleza, se exhibe un territorio a explorar, libre de cualquier prejuicio ideológico, purgado de las molestas pretensiones del que viene con opiniones propias. Ingrávidos, sin el peso de las herencias simbólicas, podremos ingresar al fin, con la naturalidad del buen salvaje, al paraíso “naturalizado” del poder global financiero.

⁷ [“*Rest, rest, perturbed spirit!*”].

⁸ [“*Take up the bodies: such a sight as this /Becomes the field, but here show much amiss*”].

David Viñas (2003) veía una continuidad entre el proceso iniciado en la Conquista del Desierto en 1879, y la conmemoración que hizo la Dictadura (“los indios, ¿fueron los desaparecidos de 1879?”, p. 18), *a través de su moneda* (las de 50 y 100 pesos), de aquella incursión militar en territorio indígena que terminó en genocidio.

Otro epígono de la animalidad tiene que ver con el perro del presidente llamado “Balcarce” y una foto de ese animal sentado en el sillón de Rivadavia. Néstor Kirchner había sentado, por ejemplo, a Juan Carlos Livraga, sobreviviente de los fusilamientos de los basurales de José León Suárez en 1956 (y con el cual comienza el libro de Walsh *Operación Masacre*, Livraga es el referido en “*Hay un fusilado que vive*”). Dos fotos paradójicas sobre las ideas divergentes del vínculo entre historia y política, entre el pasado y la autoridad presente; pero también –y sobre todo– en la factibilidad de quien *puede* –porque la historia ha legitimado esa lucha– *mostrar una línea histórica* y quien *no puede* (y *decide*) *no hacerlo* –porque lo expondría a dar más explicaciones sobre su actuación y la de los suyos, que a otra cosa.

III. Lo siniestro

En un texto de 1919, Freud da una posible definición de “lo siniestro” –con referencia a Schelling– diciendo que es *todo lo que debía haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado*. Tirar debajo de la alfombra algo que, tarde o temprano, emerge. Conjuntamente con una pedagogía de la historia, y con un relato sobre el pasado que actuaba con una insistencia muy particular en el presente de la acción política, el kirchnerismo también revitalizó y desempolvó apellidos, linajes, nombres: de Abal Medina a Puiggrós, de Cámpora a Eduardo Luis Duhalde. Resulta que el macrismo también, pero sin reivindicarlos, y tratando de nombrarlos lo menos posible. Acaso el último que lo hizo fue Mario Llabrás, dirigente de CARBAP, en el conflicto por la resolución 125 que subía la alícuota de las retenciones a la soja (en el año 2008): mostró el orgullo del apellido Martínez de Hoz, fundador de la Sociedad Rural, contra la crítica que había recibido de Kirchner “son los hijos de Martínez de Hoz”. El macrismo fue, paradójicamente, mucho más ambicioso en los linajes con los que formó sus equipos técnicos. El libro de Fernando Cibeira (2017) lo prueba, tanto

como el de Norberto Galasso (2015). Diego Tatián lo expresa en el prólogo a este libro diciendo que *es el gobierno de los civiles de la Dictadura*. Párrafo aparte, en relación a lo siniestro, merece el tratamiento oficial del gobierno a la última dictadura militar. No profundizaremos demasiado el análisis sobre este punto, pero sí podemos tomar nota de las veces en que el presidente Macri, desde su asunción, se ha referido a la dictadura. Recién a más de dos años de su asunción, y por redes sociales, pudo mencionar a la misma como *terrorismo de Estado*. Sobresale la reiterada mención a la *oscuridad: época más oscura de nuestra historia* y sus variantes (además del adjetivo suciedad: la *guerra sucia*). Esa oscuridad es precisamente aquello sobre lo que Cambiemos prefiere no echar luz alguna: cualquier vinculación con la Dictadura –cuyo eje “cívico” fue borrado oficialmente por el gobierno–. Es la idea de la historia: la muerte, la oscuridad, los cadáveres –recordando el poema de Perlongher: están en todos lados.

En la victoria electoral de 2015, María Eugenia Vidal tuvo un *lapsus* que corrigió inmediatamente con una sonrisa cómplice: “¡Lo logramos!: cambiamos futuro por pasado”. La frase, bien o mal puesta, resume de todas maneras lo que quiere Cambiemos: una *refundación*; una suerte de pacto donde pueda intercambiarse la promesa de futuro con el pasado acechante de los gobiernos de las derechas en Argentina.

En 2018, en La Plata, a instancias de Cambiemos se inaugura una estatua de bronce de Alfonsín, donde se lo ve cabizbajo y meditativo (¿es acaso la imagen que se ve en la célebre foto caminando por los jardines de Balcarce 50 junto con Menem, cerrando el Pacto de Olivos?). Sobre esa estatua el ensayista Martín Rodríguez bien se anima a describirla como la identificación entre derrota y democracia (es una figura débil, con la cabeza gacha): “Porque para liberales y republicanos Alfonsín tiene dos condiciones: es un demócrata y es un derrotado (es un demócrata porque es un derrotado)” (Rodríguez, 2018). Mientras que para el kirchnerismo –que homenajeó con un busto a Alfonsín los últimos años de su vida, durante la presidencia de Cristina F. de Kirchner–, se buscó un Alfonsín combativo, “de izquierda”, que se le plantaba a Reagan, a la Iglesia, a la Sociedad Rural, a Clarín, que viajó de manera inédita para los presidentes de la región a Cuba. El Alfonsín que, en más de una entrevista, ponía como límite a Macri. La imagen que el kirchnerismo difundía de Alfonsín era gritando –ante un silbido generalizado, cuyo público se veía más intimidado más que intimidante– la complicidad de la oligarquía argentina con la dictadura militar en medio de

la lluvia en la exposición anual de la Rural. Otro video que el kirchnerismo difundió por doquier fue cuando Alfonsín se sube al púlpito de una Iglesia para contestar una homilía sacerdotal (imagen que podría resumir la densa idea de “religión civil” de la que tanto abrevó el primer radicalismo yrigoyenista⁹). El busto de Cambiemos¹⁰ era armado por

esa clase que lo condenó (y) ahora escribe el adagio de un Alfonsín gandhiano, campechano, débil, más bueno que Lassie, que soportaba todo y negociaba todo: los paros generales, las agachadas peronistas, las sublevaciones militares. Es el nuevo Illia, ‘otro hombre que no entendimos a tiempo’. En ese Alfonsín que se consagró ‘devolviendo el poder’ se arma el Alfonsín de Cambiemos: radicales que aceptan las condiciones, su asimetría frente al poder del otro. (*Ídem.*)

IV. El fin de la historia

Francis Fukuyama, el teórico del liberalismo económico-político más concluyente tras el colapso del Muro de Berlín, proclamó el fin de la historia, lo que requería que, para negarla, requería superarla conteniéndola –por eso en el libro se encuentra una descripción, discutible, pero reconocida al fin, historia política del siglo XX–, de allí el hegelianismo de *El fin de la historia y el último hombre* (Fukuyama, 1992). En Cambiemos, hay una búsqueda de la novedad absoluta, sin tener un relato de la historia argentina que los haga derivar en eso. Como si fuera un toque de magia, aparecieron. Como el propio Hegel supo decir –con su metafísica colonialista–, los pueblos y las religiones de Oriente “no tienen Historia”. Cambiemos y su religión *new age* –más que el nuevo evangelismo pentecostal como en el caso del Brasil de Bolsonaro, el macrismo se ha vinculado con filosofías religiosas de Oriente, como la de India “El arte de vivir”– buscan el alineamiento en este punto con lo expresado por Hegel: la expansión milenaria del tiempo y espacio que hace Oriente, viene

⁹ Cfr. al respecto la excelente compilación –y su estudio introductorio– de Marcelo Padoan (2002).

¹⁰ En 2018 Macri inaugura la muestra fotográfica y audiovisual “Alfonsín por Alfonsín” en Casa Rosada. Los rasgos que destaca en su breve discurso sobre el primer presidente de la transición democrática, son básicamente esas abstracciones de las que hablamos: dejar atrás la etapa “oscura” (sin mencionar la dictadura); paz y libertad (sobre todo de expresión, pensamiento y “elegir qué queremos ser sin condicionamientos”); inspirador de valores (justicia, honestidad, respeto); el rechazo “a la violencia de acción y de palabra”, etc.

como anillo al dedo del pensar por fuera de la Historia¹¹. La “producción del vacío” –lema budista– y el evitamiento de la narración histórica clásica a cambio de ejes discursivos diversos, es algo que hay que atender tanto como sus políticas públicas.

Cambiamos, a diferencia del fukuyanismo –tan determinante en el Consenso de Washington y sus reverberaciones, tan de moda en intelectuales varios por mucho tiempo y de diversas maneras, expresado generalmente en el tono admonitorio del “ya basta”–, no construye un *fin de la historia*. En primer lugar, porque niega cualquier vínculo con la historia política –no puede hacer derivar ningún *continuum*, nada que lo lleve de un lado a otro–, pero porque tampoco puede prometer bienestar alguno –al menos desde el comienzo de la gestión. Descentra lo histórico-político hacia esa expansión del tiempo-lugar de lo *new age*; ¿y la historia nacional? Se cuele: Esteban Bullrich reivindicando la campaña del desierto, Lopérfido y Gómez Centurión haciendo aspaviento orgulloso de negacionismo en torno al terrorismo del estado; Patricia Bullrich en la misma diciendo que de un lado no eran tan ángeles ni del otro lado tan demonios (cerrando así la brecha de los dos demonios hacia uno solo y no precisamente el estatal), Macri diciendo que todos los argentinos descienden de los europeos, o acentuando una supuesta angustia de los firmantes de la Independencia nacional: aparece como lo siniestro, después de intentar esconder bajo la alfombra esas trayectorias, esas lecturas de la historia.

Una frase de campaña de Cambiamos era “No es cambio, es evolución”. Implicaba ahí un nuevo modo de pensar donde la humanidad no tenía que rendir las mismas cuentas con el pasado histórico, sino con escalas de la evolución –hechas con el afán de supervivencia de una especie– que rompen cualquier continuidad política. No pensamos una historia política del *homo erectus* (en todo caso habrá una antropología), sino una historia política de Grecia, Roma, la década infame o el gobierno de Obama. Son tiempos milenarios, ejemplificativos, que desvían cualquier línea de tiempo lo que sigue una buena parte del discurso de Cambiamos. Al respecto, un hombre clave de Cambiamos, el economista Lucas Llach (vicepresidente del Banco Central), hace una defensa pública de la “dieta precámbrica”, que es la del hombre antes de la agricultura y la domesticación de animales¹². El asesor presidencial Jaime Durán Barba es uno de quienes más insiste en la idea de

¹¹ Entre otros, puede verse Natanson (2015).

¹² Al respecto, véase Verbitsky (2015).

pensar no en los términos de la historia política convencional, sino en un borramiento de la misma a partir de la instalación de un tiempo milenario: “estamos entrando en una nueva escala de la especie humana”, dice en una entrevista con Jorge Fontevecchia. Su pequeña sugerencia como consejero del Príncipe titulada “Libros que debe leer un joven político” (Perfil, 12/1/2019) muestra libros donde hay en marcha una “nueva humanidad”, llevando al límite al borramiento absoluto de la historia (y de la finitud de los cuerpos que la constituyen): la inmortalidad (que en pocos años, dice Durán Barba, será una realidad). El “sujeto histórico” –referencia de las luchas y análisis políticos desde el siglo XIX a esta parte– es lo que también busca hacerse desaparecer. Desde que Hernán Lombardi es responsable de los medios públicos, a los trabajadores de Canal 7 y Radio Nacional se los llama “colaboradores” –una línea seguida al gobierno de Piñera en Chile y en varios ministerios de Perú. Lo mismo el Ministro de Producción de la Provincia de Buenos Aires (gobierno de María E. Vidal), Javier Tiziado, que llama públicamente *colaboradores* y no trabajadores a aquellos del sector formal.

V. Criminalización del pasado

Otra de las maneras en que el eje sobre la discusión política del pasado se descentra es ponerlo no en el casillero de la historia, las ideologías y la política, sino en el de justicia criminal.

Cambiamos utiliza como referencias temporales a grandes extensiones (“hacia 30 años que no se hacía esto”, el “mejor equipo de los últimos 50 años”, “no podemos cambiar los errores que se vienen haciendo desde hace 70 años). El concepto de “pesada herencia” comenzó a instalarse poco tiempo después del triunfo electoral de 2015. Al comienzo, el último –o los dos últimos, según el interlocutor– gobierno de Cristina F. de Kirchner; luego se extendió a la década kirchnerista, para asumir finalmente que el problema eran los “70 años” donde –para Cambiamos– tuvo hegemonía el peronismo.

A su vez, la trama del *pasado histórico* –sobre todo el reciente– no queda en una discusión sobre la herencia recibida: qué números ameritan tomarse de referencia (¿INDEC? ¿CEPAL? ¿Banco Mundial? ¿Consultoras privadas?), qué políticas públicas fueron positivas,

cómo medir el éxito o el fracaso de un gobierno, qué institucionalidad pudo producirse, etc. El pasado reciente, en el gobierno de Cambiemos, tiene otra trama que es su absoluta criminalización (no ya la judicialización). Como no es necesaria de historizarse la mafia, tampoco la década kirchnerista: Cambiemos apuesta a su descrédito absoluto de la misma poniéndola no en la historia política y la crítica ideológica, sino en el aniquilamiento mediante la operación de reducirla a un saqueo de una asociación ilícita. San Agustín –en *La Ciudad de Dios*– se hizo una pregunta –la misma luego tomaría mucho cauce en la filosofía del derecho, por ejemplo en Kelsen– que era nada menos que el fundamento de la legitimidad de un Estado: ¿cómo diferenciar un Estado (Agustín hablaba de Reino en ese entonces) de una banda de ladrones (que “empíricamente” podrían moverse de esa manera: allanando lugares, reduciendo gente, quitando propiedades, obligando a pagar cánones, incluso quitando la vida, etc.)? La denominada “doctrina Irurzun”, salida del Poder Judicial Federal con más vínculos con el macrismo¹³, mediante la cual el hecho de haber pertenecido como funcionario al gobierno anterior da razones *in abstracto* de peligrosidad, es un buen resumen de este argumento: no ya la judicialización del pasado, sino más bien su *criminalización*: el pasado es un plan criminal del cual hay que huir, o juzgarlo para que públicamente quede expuesta su imposibilidad de retorno (resumida en la frase favorita del entusiasta de Cambiemos con el sintagma: “no vuelven más”).

VI. Conclusiones

¹³ Un bloque histórico no es conformado solo –y a veces, ni principalmente– por su burocracia político-estatal, ni sus representantes elegidos en procesos electorales. Esa ficción (de rango constitucional) de que *el pueblo no delibera ni gobierna sino a través de sus representantes*. Comprenden también ese bloque histórico, esa hegemonía político-cultural los “intelectuales” en sentido gramsciano, las empresas y sus publicidades (grandes creadores de deseos y subjetividades), los artistas, los novedosos *trolls*. Estos “aparatos ideológicos” –tomando la expresión de Althusser– no residen visiblemente en la *estructura estatal* (sobre todo el Poder Ejecutivo), aunque sí puedan orbitar la lógica del Estado (recibir instrucciones, dinero, posiciones, promesas, etc.). Más importantes que las publicidades del Ministerio de Trabajo pueden ser las del Banco Santander Río o las de Chevrolet. Más relevantes pueden ser las notas de opinión de Eduardo Van der Kooy en el diario *Clarín* o los editoriales orgánicos y sin firma del diario *La Nación*, que las opiniones –*coucheadas* hasta el ridículo, citando de memoria como un alumno prolijo– de Carolina Stanley o Esteban Bullrich. Allí, las sentencias del Poder Judicial Federal con asiento en los juzgados de Comodoro Py, de notable sintonía con el gobierno de Cambiemos –que aquí no tendríamos tiempo de resumir–, se ha convertido, junto con el brazo mediático, en el puntal político más relevante para correr de escena a la oposición.

Cambiamos defiende públicamente, y con absoluta tibieza, algunos simbolismos históricos: Frondizi, el mito de la Argentina del “Centenario” como granero del mundo, Alfonsín, no mucho más. Las palabras de Marcos Peña resuenan a aquellas de Marx en los comienzos de *El 18 Brumario*: las generaciones muertas son una pesadilla que oprime el cerebro de los vivos, el legado es un problema para el accionar futuro; *que los muertos entierren a sus muertos* dirá Marx. Sin embargo, aunque para Marx ese peso de la memoria, ese conjurar con los fantasmas y ropajes del pasado los desafíos de la revolución futura eran un problema bien claro, es cierto también que señaló tantas veces allí cómo procesos revolucionarios se inspiraban y retomaban lemas de las generaciones derrotadas y fallecidas (con lo que Walter Benjamin construye buena parte de su teoría de la historia). El kirchnerismo las tomó como referencia de orgullo, fuente de inspiración y relato de continuidad histórica; el macrismo como algo que oprime los cerebros, como un peso que impide cualquier avance, pero también como una amenaza de develamiento: lo que mejor *dejar tranquilo*, la *oscuridad* sobre la cual no hay que echar luz, la *grieta* que es preferible no alimentar. La *familiaridad* kirchnerista con la izquierda peronista –y las otras tradiciones de las que abrevó– es la contracara de lo siniestro-freudiano del macrismo, como ocultamiento de los vínculos familiares y de las posibles continuidades históricas entre sus referencias de política comparada más obvias. ¿Qué son y qué se hacen? Debería ser la pregunta. La segunda es lo que hemos intentado en este trabajo mostrar: la naturaleza, lo *new age*, Gandhi-Mandela, “Alfonsín más decisión política” –según una expresión de Elisa Carrió para definir al presidente Macri–, “Frondizi con gradualismo” –según la expresión de Rogelio Frigerio, también sobre Macri.

Una caracterización posible del macrismo tiene que ver con el lugar en la historia política que narra; no en su breve y distante relato de “historia oficial”, sino en la esfera más elemental de sus linajes, sus prácticas y sus discursos menos ensayados. Parafraseando el muy parafraseado apotegma kantiano: el análisis del macrismo sin atender sus novedades es ciego, pero analizarlo *solo* a partir de su presunta novedad es vacío.

En la parte conclusiva de su libro *¿Por qué?* (2018), José Natanson pregunta a Alejandro Rozitchner, asesor de Cambiamos: “¿son o se hacen?”, a lo que Rozitchner confiesa que la simplicidad, una cierta liviandad, no mostrar un relato histórico, representa de alguna manera, para él, una virtud. Y la pregunta acaso está mal planteada. ¿Qué sería ser

lo que son? ¿Lo new age? Esa pregunta parte de una contradicción entre realidad y apariencia, verdad o ficción. Y allí está el problema de Natanson. Acaso las preguntas a hacer son dos: ¿quiénes son? y ¿para qué se hacen lo que muestran ser? Es innegable que actúan, que el *coaching* modifica almas: mirar, si no, sus videos de antes o después del coaching (el caso María Eugenia Vidal es paradigmático, pero también la dicción, vestimenta y actitud facial de Macri) habla mucho de esto. En la serie animada *Padre de Familia (Family Guy)*, de Seth MacFarlane, hay un capítulo que satiriza una campaña de afiliación al partido de ultraderecha norteamericano *Tea Party*, y en la cual un millonario, para hacerlo, se disfraza de obrero (luego, claro, es descubierto). Cambiemos actúa, también, un ánimo conciliatorio y gradualista cuya negación práctica es permanente (discursiva tanto como material). La respuesta es que actúan, indudablemente –la política es, también, teatralidad, exposición, relato. Pero también *son*. Son el retorno de lo reprimido apenas relajan mínimamente el *coaching*. Empezar a rendir cuentas con un pasado que no quieren, no pueden y no tienen cómo defender. Entonces, ¿quiénes son? Y la respuesta ha venido de parte de la oposición más anclada en el pasado: son la oligarquía, el '55, la dictadura, el neoliberalismo, la Alianza. La discusión es sobre la persistencia del pasado en el presente, de la que hablaba Gramsci.

No pensamos que la política dependa necesariamente de un grado de verdad de los acontecimientos sin mediación de un relato. Pero es cierto que un relato de ocultamiento tiende a limitarse en el tiempo, no tanto por el “descubrimiento” de su falsedad, sino fundamentalmente por un trabajo crítico (teórico, pero sobre todo político) sobre el mismo. He allí una posible “estrategia”: persistir en la trama histórica contra lo que viene a presentarse la novedad absoluta. El hilo de Ariadna pudo salir del laberinto. Y no solo eso: que quienes gobiernan bajo ese relato, han sido históricamente –y en el presente está a la vista– los que más han propiciado dolor (humano, simbólico, material) a las clases populares argentinas.

BIBLIOGRAFÍA

Ávila, P. (2008) *Y tú también te vas: Argentina y el dinero*. Adriana Hidalgo: Buenos Aires.

- Ávila, P. (2013) “Eva en nuestras manos”, *Deodoro. Gaceta de crítica y cultura*, n° 29.
- Cibeira, F. (2017) *Macristocracia. La historia de las familias que gobiernan la Argentina*. Planeta: Buenos Aires.
- Fukuyama, F. (1992) *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta: Buenos Aires.
- Galasso, N. (2015) *Mauricio Macri: la vuelta al pasado*. Colihue: Buenos Aires.
- Iriarte, A. (2008) “Prólogo” a Nicole Loraux *La guerra civil en Atenas. La política entre la sombra y la utopía*, Akal: Madrid.
- Narvaja de Arnoux, E. (2008) *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*, Biblos: Buenos Aires.
- Natanson, J. (2015) “Buda”, en *Le monde Diplomatique*, n° 198, diciembre de 2015.
- Natanson, J. (2018) *¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de la nueva derecha*. Siglo XXI: Buenos Aires.
- Padoan, M. (comp.) (2002) *Jesús, el templo y los viles mercaderes. Un examen de la discursividad yrigoyenista*, UNQ: Buenos Aires.
- Rodríguez, M. (2018) “Elije tu propio Alfonsín”, en <https://www.lapoliticaonline.com/nota/martin-rodriguez-elige-tu-propio-alfonsin/>, con acceso el 25/4/2018.
- Santoro, D. “La vuelta a la naturaleza o el buen salvaje neoliberal”, en <http://revolucion-tinta-limon.blogspot.com/2016/01/la-vuelta-la-naturaleza-o-el-buen.html> , con acceso el 25 de enero de 2016.
- Sazbón, J. (2002) “El fantasma, el oro, el topo”, en *Historia y representación*, UNQ: Buenos Aires. Pp. 372-407.
- Shakespeare, W. (2016) *Hamlet*, traducción y estudio introductorio de Eduardo Rinesi. UNGS: Buenos Aires.
- Verbitsky, H. (2015) “Buitres y Guanacos” en *Página/12*, 7 de junio de 2015, disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-274397-2015-06-07.html>
- Viñas, D. (2003) *Indios, ejército y frontera*, Santiago Arcos: Buenos Aires.
- Zizek, S. (2013) “If Nelson Mandela really had won, he wouldn't be seen as a universal hero” en <https://www.theguardian.com/commentisfree/2013/dec/09/if-nelson-mandela-really-had-won>, con acceso el 20/7/2018.